

men de numerosas enfermedades que acibaran su existencia, y las influencias higiénicas bajo las cuales vive, por modificaciones en su esencia desconocidas, le acarrearán graves y mortíferas epidemias que devastan las naciones y son una de las mas temibles plagas de la humanidad. Y, por último, si detenemos por un momento nuestra atención en el hombre social, fácilmente nos persuadiremos de que está subordinado á vicisitudes de fortuna, á quebrantos de intereses, á pérdidas inevitables de personas queridas, deudos, amigos que son objeto preferente de su cariño, y que forzosamente han de dejar herida y muy lastimada su alma. Es, pues, necesario convencerse, hijos míos, de que todo hombre, por privilegiado que sea, por elevada que sea su posición, por favorecido que esté de la fortuna, se halla sujeto á la triste y emponzoñada influencia del mal; que á todos alcanzan sus funestos efectos, y que no hay poder humano capaz de evitarlos. Conviene, pues, que esteis apercibidos, y que os habitueis desde vuestros primeros años á tan

lamentable convencimiento , para que no os sorprenda el mal cuando llame á vuestras puertas, y sintais el golpe de su ominosa mano. Este saludable convencimiento os dará valor moral en los dias de desgracia; y en las dolorosas pruebas que vuestro destino os reserve , os encontrareis tranquilos y resignados , disponiendo con previosa inteligencia vuestras fuerzas para luchar con el dolor. Y al hacerlo , que os sirva de consuelo y de provechosa enseñanza para acallar las quejas que infundadamente pudiérais dirigir al cielo, recordar el profundo pensamiento de Azais en su *Sistema de las compensaciones humanas*. El precioso libro de este eminente filósofo está basado en el principio de que el bien y el mal están distribuidos en la tierra providencialmente con la posible equidad; verdad consoladora para la desolada humanidad, y que honra á la divina y eterna justicia. Yo puedo aseguraros , por lo que la observacion y el estudio que he hecho del hombre en las diferentes gerarquías sociales me han enseñado, que ese principio es en su fondo verdadero; y

que aunque haya acontecimientos , situaciones y detalles que aparentemente eludan la accion de esa ley providencial , es porque nuestra vista míope no alcanza todas sus consecuencias , ni abarca todos los datos é incidentes que son necesarios para la exactitud del juicio. Cuando se os presente un hecho que al parecer esté en contradiccion con ella , no juzgueis con ligereza , ni os dejéis seducir de apariencias ; estudiadle detenidamente , y la contradiccion se disipará á la luz de una razon severa y de una lógica indeclinable. No quiero hacer ese estudio en las diferentes posiciones de la escala social , porque le teneis admirablemente hecho y con rasgos inimitables en la obra que os he citado ; leedla detenidamente , cuando el desenvolvimiento de vuestra razon lo permita , y no dudeis que os ayudará mucho á hacer vuestra felicidad.

Vivid bien y morireis tranquilos.

La muerte es una ley de la naturaleza, es una consecuencia de la vida: echad, hijos míos, una ojeada á los numerosos seres que pueblan esta mansion terrestre, y vereis que todos están sujetos á la misma ley. Los vejetales nacen, se desarrollan, florecen, fructifican y mueren; pero dejan la semilla que ha de germinar en determinadas condiciones y reproducirlos. Los animales nacen tambien, pasan por distintas fases llamadas edades, y sucumben; pero dejando en pos de sí la nueva generacion que ha de reemplazarlos. Veis, pues, que, segun la bella y exacta expresion de Aimé Martin, la vida siembra, la muerte siega; la vida repara, la muerte destruye; y que

una y otra se compensan estableciendo el necesario equilibrio. Observad lo que sucede con el hombre : cómo pasa desde la infancia á la adolescencia , de esta á la virilidad , despues á la vejez , luego al sepulcro , y sus breves dias corren como un rápido sueño ; y en el tiempo que permanece en la tierra ve morir á sus padres , á sus deudos , á sus amigos ; y si la Providencia le concede llegar á la senectud , se encuentra enmedio de una generacion nueva , á la que no pertenece , y en cuyo seno se halla aislado , porque ya no existen sus contemporáneos. No es , por lo tanto , necesario esforzarse en probar la realidad de la muerte , la tenemos siempre á nuestra vista ; y no hay dia que no presenciemos este hecho , ó que no oigamos referir la pérdida de algun individuo con quien nos unian relaciones mas ó menos estrechas de amistad ó de cariño. Y no debe ciertamente sorprendernos que así suceda , si se atiende á la constitucion de nuestro ser , á la dualidad de nuestra naturaleza : uno de nuestros elementos es la materia , es el barro deleznable

de que nos formó el Creador, y al que unió de un modo misterioso el alma. La parte material de nuestro ser ha de estar necesariamente sometida á las leyes de la naturaleza; á alteraciones producidas, ya por el ejercicio funcional de los órganos, ya por las modificaciones determinadas por las edades, ya por el deterioro que el tiempo ó el movimiento produce, y la influencia que los agentes físicos ejercen en todos los cuerpos materiales. Así que nuestro cuerpo, frágil y perecedero como todos los demas, se desmorona, y al cabo de breves años, á manera de vetusto edificio, presenta por todas partes señales de inminente ruina. Encórvase el cuerpo agobiado por el peso de los años, y la cabeza, antes erguida y enhiesta, se inclina hácia la tierra, en cuyo seno pronto será depositado; el pelo encanece, la piel se marchita y arruga, los sentidos se inhabilitan, la inteligencia languidece, las fuerzas decaen, y todo anuncia que el hombre se encuentra en el ocaso de su vida, y está próxima á extinguirse la llama que animaba su organismo.

Si es, como dejamos manifestado, una ley á que todos estamos sujetos, y que ninguno puede eludir, conviene que en la edad de la razon os acostumbreis, hijos mios, á la idea de la muerte y os prepareis á recibirla. Apartad desde luego la idea de terror que domina á la mayor parte de los hombres, cuando se entregan á esa contemplacion, sorprendidos con extrañeza de que un dia puedan desaparecer de esta transitoria morada. Considerándola como un triste é inevitable mal, hacen lo posible por olvidarla, entregándose á los placeres, y haciéndose la ilusion de que por este medio hacen menos amarga la vida, y menos sensible el momento en que la muerte venga con su implacable segur á cortar el hilo de su vida. ¡Lamentable ilusion! Este modo de discurrir y de conducirse en la generalidad de los hombres, produce resultados opuestos á sus deseos: siguiendo este camino, el hombre se materializa; se acostumbra á no conocer otros goces mas que los de la sensualidad; adquiere un apego extraordinario á la vida, y cuando una en-

fermedad accidental de las que son tan comunes, ó los naturales progresos de la edad, le acercan á su fin, su ánimo se abate y anonada; se acongoja, y llora como el niño que pierde un objeto cualquiera de entretenimiento, por fútil y baladí que sea, creyendo que en él está toda su felicidad. Esta pusilanimidad, esta falta de valor moral, este anonadamiento del espíritu que se advierte con frecuencia á la hora de la muerte, depende en gran parte de que los hombres no están dispuestos á recibirla, y de que no han querido fijar ni un momento su consideracion en ella. No os conduzcáis vosotros, hijos míos, con esa ligereza tan inconveniente: tened de la muerte la idea filosófica que os acabo de manifestar, y completadla con la idea cristiana. Tened entendido que la vida es un estado transitorio; es un viaje necesario para llegar al cielo; es una série de pruebas á que Dios os ha sometido para que merezcáis la felicidad que os reserva mas allá del sepulcro. En efecto: la vida material es la puerta de la muerte, como la muerte es la puerta de la vida

eterna. Ya os he probado en otra ocasion que nuestra alma es inmortal, que tiene aspiraciones que no pueden cumplirse, deseos que no pueden satisfacerse en la tierra; y que seria calumniar la divina justicia pensar que nuestras esperanzas habian de ser ilusorias. No: el alma despues de la muerte del cuerpo no se aniquila: abandona su natural vestidura, y libre de todo vínculo terrestre, vuela al trono del Eterno á sufrir el fallo de su eterna justicia. Y siendo esto cierto, como la fe nos enseña y la razon lo apoya, ¿por qué hemos de amilanarnos, y con espíritu apocado y débil hemos de llorar al acercarse el fin de nuestros dias? El hombre debe morir con el valor moral propio de un filósofo y la resignacion de un cristiano; pero si quereis morir de este modo, procurad vivir bien; que el recuerdo de vuestra vida pasada no venga á turbar vuestra razon y acongojar vuestro ánimo en los postreros instantes; que vuestra memoria os represente, entonces mas fielmente que nunca, en vez de crímenes, buenas obras, hechos de honradez, de probidad,

de fidelidad á vuestros deberes , actos de piedad y de abnegacion , hechos de desprendimiento y de caridad , y así morireis tranquilos. No os abruma y conturbe la idea de que en el curso de vuestra vida , tal vez en la edad de las pasiones , hayais cometido algunas debilidades , porque nadie en la tierra puede blasonar de justo y perfecto ; y , por otra parte , debeis confiar en la infinita misericordia del Padre comun de los hombres , que va á pesar vuestras buenas y malas acciones. No olvideis , pues , hijos mios , este consejo : vivid bien ; amad la virtud ; practicadla hasta donde es posible á la humana fragilidad , y morireis con la serenidad y tranquilidad de ánimo con que Sócrates bebió la cicuta ; y morireis tambien imitando el valor , la dignidad y la santa resignacion de Jesucristo.

De la fatalidad en los destinos humanos.

En los pueblos orientales el fatalismo se ha considerado como ley, como dogma propio de sus creencias: el hombre no se pertenece á sí mismo; no tiene libertad moral; es una rueda que engranada con otras se mueve siempre á impulsos de una voluntad superior. En todas sus acciones, en todas las escenas de la vida desempeña el humilde papel de instrumento; no tiene espontaneidad, carece de voluntad propia, y ejecuta el bien como el mal al tenor de la inspiracion que recibe de la suprema inteligencia. Si sus heróicas acciones, si sus nobles hechos le han llevado á las primeras dignidades; si llega á

vestir la púrpura y á sentarse en el trono, el destino le ha conducido á tan elevada y honrosa gerarquía: si su brazo criminal se mancha con sangre humana; si se entrega al vicio, á los placeres sensuales, á la perfidia, á la ingratitud, á los mas lamentables delitos; si se degrada, si vive en la mas profunda abyeccion, la fatalidad le ha encaminado á tan deplorable estado: *Sic fata voluere*. Merced á este principio, los pueblos que antes he indicado, han vivido condenados al quietismo, y el quietismo es la muerte de la humanidad. La filosofía rechaza el fatalismo, entendido de este modo; la razon concede al hombre libertad moral, el libre uso de sus acciones, el dominio de sí mismo para hacer el bien como el mal; y sin esta noble prerogativa, la vida seria un sarcasmo, una continuada série de ilusiones cuyo término seria el sepulcro; y el sepulcro la nada. La responsabilidad moral seria una mentira y además una iniquidad; porque cuando no hay libertad de obrar, no puede haber en los hechos humanos mérito ni demérito, virtud ni vicio, cas-

tigo ni recompensa. El hombre seria el mas desgraciado de los seres creados; máquina deleznable formada para realizar determinados designios, destruida y arrojada al polvo cuando su presencia no fuera necesaria en el orden del universo.

En los pueblos cristianos el fatalismo es una herejía; es una blasfemia contra la infinita sabiduría y eterna justicia de Dios. El hombre nace libre, es dueño de sus acciones; lucha y combate porfiada y tenazmente con las pasiones, y en esta noble lid de la materia con el espíritu, conquista la palma de la victoria, concedida á los justos. Su suerte la debe á sus esfuerzos, á su constancia, á la decision de su voluntad y al eficaz auxilio de la Providencia, que protege la causa de los buenos. Es verdad que á la eterna sabiduría no puede ocultarse ningun acontecimiento, así de los individuos como de los pueblos; es cierto que su alta penetracion preve los sucesos presentes como los futuros; pero esta prevision, esta preesciencia de los hechos humanos no destruye la libertad moral; ensalza y no deprime la justicia divina.

A pesar de esta creencia, tan conforme con el espíritu del cristianismo, es frecuente en el lenguaje usual y admitido en la sociedad hablar de la buena ó mala estrella, de la próspera ó adversa suerte, del feliz ó aciago sino de los hombres. Veamos qué verdad entrañan estas palabras, qué fundamento tienen estas frases que el comun sentir de la humanidad acepta. Se considera generalmente afortunado al hombre que posee riqueza, que ha llegado á una posicion elevada y digna; al que descuella entre los individuos de su clase, y se distingue por su nombradía y por la consideracion y atenciones que merece á la sociedad en que vive. Por mas que se conceda talento é inteligencia al que se encuentra en estas ventajosas circunstancias, siempre se atribuye á la suerte no pequeña parte en su reputacion y en el distinguido lugar que ocupa. Este modo de juzgar en general á los hombres es vulgar, y prueba una razon poco ilustrada, ó lo que es peor, una pasion innoble, muy encarnada en la humanidad, que es la envidia. Si se hace un exá-

men detenido de esas inmensas fortunas ó distinguidas reputaciones, se adquirirá el convencimiento de que en el mayor número de casos son fruto de la inteligencia, de prevision, de prudentes economías, de tacto poco comun, de celo, de constancia, de acierto y habilidad en la direccion de los asuntos que son objeto de sus especiales ocupaciones.

No obstante, si se estudia esta cuestion á la luz de una buena lógica y de una razon severa é imparcial, no puede negarse que hay en muchos acontecimientos una combinacion casual de circunstancias que pueden influir en favorecer ó malograr el éxito de los cálculos humanos; y para dar mas claridad á esta conclusion, voy á citar algunos ejemplos.

Hay varios comerciantes interesados en realizar un buen negocio, partiendo para Ultramar á comprar géneros que se encuentran escasos en nuestro continente: uno de ellos, mas activo, ó aguijado por el deseo de una cuantiosa ganancia, anticipa su viaje, y se hace á la mar: á poco

tiempo de haber abandonado el puerto, se levanta un recio temporal y naufraga: los otros, mas morosos, no mas previsores, se encuentran guarecidos todavía en el muelle, y no sueltan sus anclas hasta que la borrasca pasa y el mar vuelve á estar mas bonancible, lisonjeándose de que su tardanza les haya librado de tan serio conflicto.

Dos labradores inteligentes y celosos cultivan terrenos en zonas contiguas: merced á sus cuidados é incesantes desvelos, consiguen tener una vegetacion lozana y esperan recoger una abundante cosecha. Cuando el estío se acerca y comienzan á dorar las espigas de sus cereales, aparecen nubes en el horizonte, se agrupan, y saturadas de electricidad, descargan una terrible granizada que tala y destruye los campos de uno, sin producir el mas leve quebranto en la hacienda del otro.

Dos ó tres militares, de alma bien templada, igualmente fieles á la voz del deber y sensibles al pundonor y á la gloria, se encuentran defendiendo una batería, dispuestos á derramar su

sangre y á ofrecer su vida en aras del honor y de la patria: cae una granada á sus pies lanzada por el cañon enemigo, revienta, y la pólvora inflamada arroja sus cascos en la direccion del uno, le destroza y mutila horriblemente, y el otro ú otros presencian despavoridos y sin lesion la desgracia de su compañero.

En estos diversos hechos no se puede desconocer el conjunto de circunstancias que han influido casualmente en bien ó en mal de los citados individuos. Por lo tanto, es evidente que el hombre, ademas de su talento, su prevision, su tacto en los negocios, su prudencia, necesita para realizar sus pensamientos que las circunstancias le favorezcan; que no le pongan en su camino obstáculos, que, aunque casuales, pueden malograr sus mejores proyectos.

Esto es lo que el comun sentir de la humanidad llama suerte, y en ese único sentido puede aceptarse, comprendiéndose la gran distancia que media entre este modo de pensar y la ciega fatalidad rigiendo siempre los destinos humanos.

El amor al trabajo.

El trabajo es la base de la felicidad humana: las facultades, tanto físicas como intelectuales que hemos recibido del Creador, no se nos han concedido sin objeto, ni para que las dejemos abandonadas como terreno yermo y sin cultivo. Idea muy equivocada tendriais del hombre, hijos mios, si creyerais que su destino era alimentarse, dormir y entregarse sin freno á los placeres; no: el destino del hombre es mas elevado y noble para confundirle con el del mas humilde y abyecto animal. Al hacernos donacion la Providencia de nuestras facultades, ha puesto á nuestra disposicion un capital para que, empleándole con inteligencia, le aumentemos y atendamos con

él á las diferentes necesidades inherentes á nuestra propia conservacion. Nos ha ofrecido generosamente un terreno que, cultivado con nuestra laboriosidad, nos dé abundantes y ópimos frutos. Debeis, pues, considerar vuestras facultades como un legado de la Providencia, que habreis de emplear en provecho propio y de vuestros hermanos, si quereis manifestaros reconocidos al beneficio que os ha dispensado, y de que carecen no pocos desdichados. ¿Cuántos desgraciados hay, en verdad, que nacen imbéciles, completamente incapaces para todo trabajo intelectual? ¿Cuántos otros que carecen de algun sentido, ó que tienen algun impedimento físico que los inhabilita para cualquiera ocupacion digna del hombre?

Vosotros, que habeis tenido la dicha de que Dios con su suprema bondad os haya atendido con predileccion, y no os haya negado ninguno de esos dones, ¿cuánto no debe ser vuestro reconocimiento hácia vuestro Bienhechor? Tened, pues, entendido que de ningun modo podreis manifestar mejor vuestra gratitud á Dios, y cumplir

con dócil sumision la ley de vuestro destino, que empleando dignamente todas vuestras facultades en servicio de la humanidad. Advertid, ademas, que si nuestra débil naturaleza se resiste al trabajo, llevándolo con violencia, la costumbre da fuerza á nuestra voluntad y le hace mas llevadero. No olvideis, por otra parte, que la sábia prevision del que os ha impuesto el trabajo como ley, ha cuidado tambien de dulcificarle, compensando esa dura necesidad con la grata satisfaccion de nuestra conciencia, cuando empleamos las horas útilmente. No creais que el trabajo moderado y proporcionado á nuestras fuerzas destruye nuestra organizacion, consume nuestra vida y hace mas breve nuestra existencia: este es un error que no tiene ningun fundamento, y que la observacion y el buen sentido rechazan. Comparad la salud del hombre entregado al ocio, con la del laborioso que ocupa el tiempo provechosamente, y podreis convenceros de que el primero, que tiene en reposo sus órganos, es débil y de complexion enfermiza, al paso que el segundo

robustece su organizacion con el ejercicio y adquiere una salud mas vigorosa. Llevad vuestra comparacion al estado moral, y observareis que el ocioso está siempre lleno de tedio, y con nada se ve contento, que el placer le cansa, los goces le hastían, los vicios le enervan y á veces le conducen á un estado de desesperacion. El hombre que trabaja vive mas tranquilo, afanado en sus habituales tareas; el dia de descanso goza sin que le sacie el placer, porque es interrumpido; las ocupaciones dignas en que se emplea le preservan de la inmoralidad, y el recuerdo de su vida le enaltece á sus propios ojos considerando que no es oneroso á su familia ni á la sociedad en que vive. Cualquiera, pues, que sea vuestra posicion y los medios de fortuna de que podais disponer, no os entregueis al ocio, porque envilece y degrada, y es la fuente de todos los vicios. Dedicaos al trabajo, y aunque alguna vez se os haga poco tolerable, acostumbraos á bendecirle, atendiendo á que con él podreis subvenir á vuestras necesidades y á las de vuestra familia.

De la prevision en las vicisitudes humanas.

Nada hay estable durante la vida; todo es variable y transitorio: hoy nos sonríe la fortuna, todo se nos presenta propicio, los acontecimientos se realizan al tenor de nuestros deseos, y llegamos á creer, llevados de un insensato orgullo, que podemos dominar los hechos al ver que en su casual combinacion se anticipan á nuestra voluntad; pero ¡qué poco dura nuestra ilusion! ¡qué pronto viene el triste desengaño á destruir nuestra indebida confianza en la prosperidad! Despues de algunos instantes venturosos, vienen dias aciagos: sopla, cuando menos lo esperamos, un fuerte vendabal, y derrumba el edifi-

cio de nuestras esperanzas y quiméricas ilusiones. Y la parte mas lamentable de estas diversas situaciones y de estos caprichosos juegos de la veleidosa fortuna, es que la sociedad, tornadiza y voluble como ella, sigue su movimiento y gira en la direccion del cuadrante que ella señala. Nos vemos halagados de la suerte, no falta quien nos adule y venga con interesada é innoble humillacion á quemar incienso, ofreciéndonos como tributo la vil lisonja; la fortuna nos abandona, y ¡qué pocos son, en verdad, los leales amigos que nos tiendan su mano, que nos consuelen y ayuden á sobrellevar nuestra desgracia! *Donec eris felix, multos numerabis amicos; tempora si fuerint nubila, solus eris.* Por esta razon, hijos mios, convencidos de esta verdad de hecho que acabo de manifestaros, conviene que tengais prevision, que no os engria el orgullo cuando os encontréis en posicion holgada y todo marche al compas de vuestro deseo, pues debeis contar con la posibilidad de inesperadas vicisitudes que cambien en desventura la prosperidad que disfrutais. Por lo

tanto, es menester que con prudente economía destineis parte de vuestros intereses á formar un capital de reserva que garantice vuestra subsistencia, y que os ponga al abrigo de la pobreza ó de la miseria. Y prescindiendo de la consideracion que antes os he hecho, hay todavía una razon muy valedera para induciros á ser previsores, y es que la duracion de la vida no está sujeta á cálculo ni medida. Las probabilidades fundadas en la ciencia y en la observacion fallan muchas veces, y nos demuestran lo frágiles y deleznales que son nuestros juicios. Hay quien, dotado de una complexion fuerte, de una organizacion robusta, sucumbe al primer embate de una enfermedad aguda; y quien, teniendo una salud valetudinaria, y agobiado casi siempre de padecimientos, los resiste con sorprendente valor, y llega á una edad avanzada y decrepita. Por otra parte, si la vida sigue las naturales fases de su curso, habeis de llegar á la vejez, á la edad en que el hombre torna á ser débil como el niño, y necesita amparo, proteccion, reposo y aun co-

modidades. En esta triste edad, en que la mano del tiempo debilita todas las facultades humanas, no es posible consagrarse al trabajo como en la juventud; por mas que se cuente con una voluntad enérgica, las fuerzas faltan, gastadas ya en las anteriores edades; y todo revela al hombre que necesita descanso, y pasar en una apacible calma los breves dias que le restan de vida. Si no ha habido prevision; si no se han hecho prudentes ahorros; si no se ha formado capital de reserva, podeis entender, hijos mios, cuánto será el desconsuelo del que ve que sus necesidades han aumentado con sus habituales achaques, y que faltan los medios indispensables para satisfacerlas. Antes el trabajo podia subvenir á todas las atenciones; algunas horas mas empleadas cada dia podian multiplicar su producto; pero en la vejez, no es posible que las fuerzas se presten á esta exigencia impropia de la edad. Entonces vienen á la mente los recuerdos de dias mas prósperos, de posicion mas desahogada, de placeres y comodidades que se han disfrutado en la edad

florida; y podeis conocer cuán amarga ha de ser para el anciano esta comparacion. Y ¿cuánto mayor será esta amargura, si desgraciadamente ha venido á inutilizarse para el trabajo; si postrado por la enfermedad, ó por los progresos de su edad, ha llegado á tener inhabilitadas sus facultades intelectuales y abatida su fuerza física, en términos de no poder adquirir lo que reclaman sus primeras necesidades? Entonces, la mendicidad ó un asilo de beneficencia son los recursos que quedan al que de esa manera ha olvidado su porvenir, y descuidado conservar el excedente de sus indispensables gastos. Plegue al cielo, hijos míos, que no llegueis á conocer esta desventurada situacion; que no sintais los efectos de la pobreza en esa edad de la vida: tened prevision si quereis evitar esa triste realidad; gastad en proporcion á vuestra fortuna, y conservad prudentemente lo que podeis necesitar en la vejez para vuestra subsistencia. Oid este consejo de vuestro querido padre, y si llegais á la ancianidad, tendreis este motivo mas para bendecirle.

Piedad filial.

La Providencia, que con tanto esmero y exquisita diligencia ha asegurado la conservacion de las especies de cuantos seres pueblan la tierra, dotando á los padres del mas acendrado amor á sus hijos, ha infundido tambien en estos con admirable prevision el sentimiento de respeto, de cariño y gratitud. El hombre, en su peregrinacion por la tierra, cuenta apenas con la vida necesaria para desenvolver completamente sus facultades, trabajar para adquirir los medios necesarios á su subsistencia y reproducirse, dejando una descendencia mas ó menos numerosa que continúe su obra, y cumpla el destino que Dios ha señalado á

la humanidad. Esta puede decirse que constituye un ser orgánico, cuya vida empieza en la época de la creacion; que sigue desenvolviéndose en el tiempo y el espacio; continúa el derrotero señalado por el Omnipotente, con oscilaciones de progreso y retroceso, y cuya evolucion, ofreciendo diferentes metamórfofis y fases siempre nuevas, correspondientes á diferentes civilizaciones, no sabemos cuándo alcanzará su fin. El individuo no es mas que un humilde eslabon de esta cadena, no interrumpida en el trascurso de los siglos. Cuando tiene la inefable satisfaccion de ser padre, no vive mas que para sus hijos; ellos ocupan incesantemente su pensamiento; por ellos trabaja dia y noche, y por ellos se afana, sufre toda clase de privaciones; economiza parte de su capital; acumula si puede riquezas con el único objeto de asegurar su educacion y su porvenir; se olvida de sí mismo; consume sus dias en el trabajo; gasta sus fuerzas, y nada tiene presente mas que la felicidad de sus hijos. Si le asalta alguna vez la idea de la pobreza, no la teme mas

que por sus hijos ; si la aciaga suerte lleva alguna vez la enfermedad á su hogar , no le espanta mas que por sus hijos. De este modo pasa los breves dias de su vida el que tiene la dicha de ser padre ; y la vida pasa como un breve sueño ; y cuando despierta agobiado por el trabajo , abrumado por la fatiga , por los cuidados , disgustos , penalidades , quebrantos de intereses , males inevitables para todo hombre , se encuentra en la ancianidad y próximo al sepulcro. Vuelve la vista á las edades pasadas , y ve con disgusto que ha perdido sus fuerzas ; que su organizacion se desmorona ; que su espíritu decae ; que su ánimo desfallece ; que su cuerpo se inclina hácia la tierra que ha de recibir sus cenizas. En esta edad de desconsuelo , de imposibilidad física para el trabajo , de debilidad y postracion , el hombre necesita que haya quien le proteja , le cuide , le prodigue su cariño y le dé valor moral para sufrir con resignacion la muerte. Este protector , este ángel tutelar , son los hijos , que , reconociendo los beneficios que los padres les han dispensado , re-

cordando su desinteresado amor, su sublime abnegacion, devuelven lo que tan pródigamente han recibido. Los hijos están obligados por la naturaleza, por las leyes divinas y humanas, á proteger á sus padres en la senectud, respetándolos, amándolos, velando por su conservacion y prestándoles la asistencia solícita que deben á los autores de sus dias. Y ciertamente no es en la generalidad de los casos necesario el apoyo de las leyes para llenar este santo deber: el corazon nos impele con fuerza irresistible á ser hijos agradecidos; y únicamente los seres degenerados, pervertidos por la corrupcion y el vicio, ó apegados á una vil y odiosa avaricia, pueden olvidar esta instintiva y grata obligacion. Meditad, hijos mios, acerca de estas consideraciones que os he hecho, y que nunca el letal influjo de la ingratitud ó del olvido se albergue en vuestro corazon: sed para vuestros padres lo que ellos fueron para vosotros.

Amor maternal.

El amor es el sentimiento que la naturaleza ha colocado en primer término, como lazo necesario entre los individuos de una familia, y como vínculo indispensable entre las familias para constituir la sociedad. Este dulce sentimiento, alma del universo, móvil de acciones heroicas, origen de grandes virtudes y de hechos singularísimos de abnegacion, fuego sagrado que da vida al espíritu, crea y fortifica los grandes afectos, sin los que el mundo seria una mansion de silencio y de tristeza, á pesar de lo mucho que le ha prodigado la Providencia, está distribuido en armonía con nuestro destino en la tierra y con los altos

finés de la eterna sabiduría. Las madres han sido las que han merecido particular predilección, y las que han recibido principalmente ese rico depósito y copioso raudal de dulcísimos afectos. Y no ha sido ciertamente una caprichosa disposición de la casualidad, sino efecto de una admirable prevision que sabe combinar los medios con los fines, las aptitudes con las funciones, las facultades con los deberes. La conservación de las especies en el orden de la naturaleza exigía que el amor de las madres para con su prole no tuviera límites, é hiciese fáciles y tolerables todas las privaciones y sacrificios que lleva consigo el importantísimo cargo de la maternidad. Las leyes de la naturaleza se han cumplido, y el amor de madre es el amor tipo, sin que nada le iguale en desinterés, en ternura y en abnegación. Ved, hijos míos, con qué solicitud cuida de vosotros en vuestras diferentes edades : en la aurora de la vida, ella os recoge en su regazo, os alimenta con su propia sangre, vela mientras dormís, conduce vuestros primeros pasos cuando empezais á



andar, no se acuerda de sí misma ni de sus necesidades, no vive para la sociedad, vive solo para vosotros, para vuestra existencia, y cree recompensados sus afanes y desvelos, sus cuidados y privaciones, sus molestias y sacrificios, con una leve demostracion de vuestro cariño, con una dulce sonrisa, candorosa expresion de vuestro reconocimiento. Vedla en la infancia dirigir vuestra educacion, desenvolver vuestra inteligencia, y formar vuestro corazon, depositando en él la fé de sus mayores y la semilla de las buenas doctrinas, que ha de germinar despues en vosotros, y ser la antorcha que os guie por el escabroso sendero de la vida. Vedla en la juventud alentar vuestro ánimo cuando desfallece, consolaros en vuestras aflicciones, enseñaros la resignacion en la adversidad, la templanza en los dias de ventura, acompañaros en vuestras satisfacciones y en vuestras amarguras, y ser siempre vuestro ángel tutelar, vuestra fiel guardadora, vuestra compañera inseparable, vuestra constante y sincera amiga. Si la enfermedad os postra en

cama, ella velará día y noche á vuestro lado, cumplirá con inimitable exactitud las prescripciones de la ciencia, y dirigirá al cielo con incesante afán sus plegarias, pidiendo el restablecimiento de vuestra salud. ¿Qué sacrificio por grande que fuese no haría por vosotros? Su vida misma la ofrecería por vuestra conservación, si con tan preciosa ofrenda pudiera evitar una dolorosa catástrofe. Vedla, por último, si os asalta un peligro de esos que suelen ocurrir en el curso ordinario de la vida, un incendio, un naufragio, el ataque personal de un enemigo vuestro; y ella os servirá de escudo, ofrecerá su pecho al que intenta heriros, y morirá á vuestro lado si así lo ha dispuesto la aciaga suerte. Os he hecho, hijos míos, este ligero y desaliñado bosquejo del amor de una madre, para que os persuadais de que tan acendrado cariño, tantas penalidades, tantas y tan grandes privaciones, tanta y tan inimitable abnegación, reclaman de vosotros profundo reconocimiento, ilimitado respeto, dócil sumisión y sin par cariño. Faltaríais á los mas sagrados deberes,

á la voz de la naturaleza , á la de vuestra razon,
 reflejo de la razon divina , y á la dignidad de
 hombres, si no os mostráseis siempre en vuestras
 acciones y palabras hijos agradecidos de la que os
 dió á luz.

Veneracion á la ancianidad.

Uno de los sentimientos que mas descuellan en el hombre es la veneracion á la antigüedad, sobre todo, cuando en ella va envuelta la idea de grandeza, de algo digno y sublime. Encontramos los restos de algun vetusto monumento que nos recuerda la vida de un pueblo que ha formado época en la historia, y nos inspira el mas profundo respeto: así acontece al contemplar las ruinas de Palmira, las pirámides de Egipto, el arco de Tito, los fragmentos de algun circo ó de las magníficas termas de los romanos. No es posible ver

sin asombro y admiracion el alcázar de nuestros reyes godos, el palacio de los reyes árabes de Granada, las gigantescas mezquitas de Córdoba y Sevilla. Nuestras góticas catedrales de la edad media, y las muchas que se encuentran diseminadas en toda Europa, producen en nuestra alma honda impresion, recordándonos la viva fé de nuestros padres y el poder del arte que produjo tales maravillas. Esta idea de respeto unida á todo lo grande y vetusto, no se limita á las producciones del hombre y á las felices inspiraciones del arte, sino que se extiende tambien á los objetos naturales, á las obras de la creacion. Admiramos la encina secular, el añoso olivo y otros árboles de larga vida, que han cobijado bajo su sombra á multitud de generaciones, y que han producido utilísimos frutos. Este mismo sentimiento se observa en el hombre con relacion á la ancianidad: todos los pueblos, así antiguos como modernos, han manifestado su respeto y deferencia á los ancianos. Los que han dirigido las primitivas sociedades bajo el régimen patriarcal; los que en las

monarquías han constituido el consejo de los reyes; los que en los gobiernos constitucionales han formado parte del Senado; los que en la gerarquía eclesiástica han llegado á la dignidad cardenalicia ó pontifical, casi siempre han sido individuos que á sus buenas dotes intelectuales, á su ilustracion y experiencia reunian el prestigio que dan los años á quien ha sabido emplearlos útilmente. La misma naturaleza, que tan sábiamente ha dispuesto la admirable armonía entre todas las cosas creadas, que ha cuidado siempre de poner en relacion los medios con el fin, ha rodeado al anciano de una aureola de dignidad que inspira profundísimo respeto.

Observad, hijos míos, la fisonomía del anciano y haceos cargo detenidamente de su grande y sublime expresion, lo marchito de su tez, las arrugas de su frente, su pelo encanecido, su lánguida mirada, su aire grave y melancólico, lo agobiado de su cuerpo y su andar pesado y poco seguro. Detened vuestra consideracion en estos marcados rasgos, y hallareis en ellos legítimos

motivos para acatar y honrar al hombre en este último período de su vida. Vereis un edificio que se desmorona, y por las ruinas conoceréis su grandeza. Vereis la degradacion fisica, la fatal huella del tiempo sobre todo lo material, pero no la degradacion de su alma. El que ha tenido una inteligencia privilegiada, ó cuyas facultades ha desplegado con la educacion científica; el que ha abrigado nobles y leales sentimientos y dado pruebas de gran virtud; el que ha empleado su edad florida en el trabajo y en importantes servicios á la familia, al Estado, á la sociedad, no creais que desciende al sepulcro indignamente; no: muere como pretendian hacerlo los gladiadores romanos al caer mortalmente heridos por sus competidores; se desploman por efecto de la accion destructora del tiempo, como los vetustos y colosales monumentos, que dejan indeleble huella de su pasada grandeza á la admiracion de las futuras generaciones. De esta manera cae el hombre digno y virtuoso cuando se acerca á la fria losa del sepulcro; manifestando en su porte, en

sus hechos y en sus palabras lo que fue en las pasadas edades, y lo que entonces valió intelectual y moralmente.

Respetad, pues, hijos míos, al anciano: compadece la debilidad y decaimiento de su organización; rodeadle de consideración y atenciones; protegedle, si de vosotros necesita protección y ayuda. No le considereis como una planta estéril; como árbol seco que el hacha del podador derriba y condena al fuego; como hoja marchita que el viento arrebatada y conduce á apartados lugares: no es el anciano estéril ni para la familia ni para la sociedad. Libre su razón del fatal influjo de las pasiones, ve las cuestiones con mas claridad y las resuelve con mas acierto: aleccionado por una larga y costosa experiencia, no admite con facilidad los errores que tan comunes son antes de tan útil enseñanza; y conocedor del género humano, es lo que el faro en el puerto, un guía constante para el viajero de la vida, á fin de que evite los escollos en que él ha caído. El anciano reúne, pues, grandes títulos para que sea considerado y

apreciado su consejo. Si le faltan muchas veces el valor y la audacia, atesora en alto grado la prudencia, que tan necesaria es para las grandes empresas.

No deis oídos á las amargas sátiras, á los ridículos y censurables sarcasmos que algunos dirigen indebidamente á la ancianidad, no viendo en ella mas que el lado malo; ved tambien el punto de vista bueno en que yo he procurado colocaros, y sin esfuerzo os persuadireis de lo honroso y digno que es tributar al anciano respeto y consideracion.

Respeto a la pobreza.

En todas las épocas históricas, se ha hecho una distincion injusta é inconveniente entre las clases ricas y pobres de la sociedad. En todas las edades así antiguas como modernas, ha habido individuos y clases que se han considerado desheredados de los bienes de la tierra y de los derechos naturales que les correspondian. En la India y en Egipto las castas nobles y humildes; entre los griegos los ciudadanos y los ilotas; entre los romanos los patricios y los plebeyos; en la edad media, durante el feudalismo, los siervos y los señores; en los actuales tiempos, la aristocracia del dinero y los proletarios. En este siglo mas

que en ningun otro, en que tanto domina la sed insaciable de goces materiales, se rinde homenaje y se ofrece un culto idólatra al oro, mirando con indiferencia y desden al que por su mala suerte, ó por las inevitables vicisitudes de la vida se encuentra sumido en la escasez ó en la miseria. Y ciertamente es un contrasentido inexplicable en una época en que la razon, libre de preocupaciones, ha protestado y protesta todos los dias contra la desigualdad de derechos y de consideraciones, y en que se pretende que el verdadero espíritu del cristianismo penetre en las sociedades humanas, y se desenvuelvan en su seno todas sus legítimas consecuencias. El cristianismo, como ley moral que ha descendido del cielo, ha elevado á la mayor altura posible la dignidad humana; declarando á todos los hombres hermanos, individuos de una misma familia, iguales en derechos, como hijos de un mismo padre, que es Dios.

La desigualdad de fortunas es un hecho necesario en todas las sociedades: no pueden estas

estar niveladas, como no lo están la salud, la fuerza física y la inteligencia; resultando forzosamente por efecto de estas dotes naturales, del trabajo, de la prevision, de las mayores ó menores necesidades, de la sobriedad, de la resolucion para hacer convenientes ahorros, de la fuerza de voluntad para imponerse privaciones; que ha de haber riqueza acumulada, holgura y comodidades, lujo en la mesa, fausto en el porte en unos individuos, y en otros privaciones sin cuento, alimentacion frugal, hogar modesto, pobreza y aun indigencia. Pero esta desigualdad inevitable no desvirtua la dignidad humana, ni puede oponerse á que se respete y honre á los pobres como á los ricos, si se hacen acreedores por sus merecimientos y virtudes á la consideracion de la sociedad. Es el mayor de los absurdos; es contra toda razon y justicia respetar y considerar al rico solo porque se le ve rodeado de la aureola resplandeciente y fascinadora del oro: advertid, hijos mios, que hay muchas riquezas mal adquiridas; no pocos tesoros hechos á expensas de la

mala fé en los contratos, de violentas usurpaciones y de ilícitos medios que la codicia ha sabido emplear hábilmente; que hay bastantes capitales formados merced al sufrimiento y las lágrimas de otros hombres. Es, pues, altamente injusta la sociedad en quemar incienso y dar culto á la riqueza, sin reparar en su origen, en su procedencia: es implícitamente sancionar el funesto é inmoral principio: «el fin justifica los medios.» Por otra parte, hay pobres muy dignos de ser honrados que deben su desgraciada posición, no al despilfarro, no á la malversación de su capital, no á sus vicios, no á su negligencia y falta de laboriosidad; sino á su mala suerte, á las vicisitudes humanas, á incendios, á naufragios, á siniestros é inevitables acontecimientos, á contratiempos inesperados y que no están al alcance de la previsión humana, y que merecen el respeto á que es acreedor el infortunio, y la compasión que naturalmente inspiran las desgracias. Por lo tanto, desdeñar la pobreza, considerada de un modo absoluto, además de ser altamente injusto,

es un hecho que prueba una razon poco cultivada y sentimientos poco generosos.

Huid, pues, hijos mios, de seguir esa fatal preocupacion de la sociedad; que jamás penetre en vuestra alma ese sentimiento de infundado orgullo y de bastarda cultura que conduce á mirar al pobre, por humilde que sea su cuna ó su posicion, como menos digno que los demas á vuestras atenciones, á vuestra consideracion y respeto. Debajo de los harapos del pobre tal vez se oculte un alma noble, dispuesta á grandes y generosos sentimientos y á muy nobles virtudes; tal vez bajo el velo de la indigencia haya una persona ó familia de elevado origen, de noble cuna, que en otro tiempo se haya encontrado en posicion holgada, y ahora esté sufriendo el menoscabo de su fortuna, debido á causas inevitables.

Tened, hijos mios, siempre presente que la pobreza no deshonra á quien sabe sobrellevarla dignamente; al que habiendo descendido de una alta posicion ó perdido una inmensa fortuna, sabe, poseido de una elevada filosofía, no mendi-

gar el pan que ha de comer, sino adquirirle con su trabajo; al que sabe reducir sus necesidades y proporcionarlás á los escasos medios de que puede disponer para satisfacerlas; al que, resignado con su desgracia, sufre en silencio sus males y no exhala quejas inútiles é impertinentes ante los demas hombres; al que con noble y laudable independencia conserva su decoro, sin degradarse ni humillarse á quien se ve mas favorecido de la fortuna.

La pobreza en el hombre que se conduce del modo que os dejo manifestado, es digna: lejos de deprimir, enaltece, porque demuestra un gran temple de alma, una razon elevada y poco comun y una resignacion verdaderamente cristiana.

Si, por desgracia, hijos mios (plegue al cielo que así no suceda), en las vicisitudes que tan frecuentes son durante la vida, llegáseis á experimentar los sinsabores y penalidades del infortunio, que vuestro valor crezca en proporcion de la desgracia; que vuestro espíritu no se abandone á

un ridículo anonadamiento propio de almas débiles y apocadas: demostrad al mundo entero que sabeis ser dignos de la desgracia, y colocaros á la altura de vuestra posicion y fortuna.

Del matrimonio.

No hay nada mas sublime en la vida de la humanidad que la union íntima de dos seres , creada por los vínculos que establecen los mas dulces afectos. La naturaleza , solícita por la conservacion de la especie humana , enciende , así en el hombre como en la mujer , cuando la organizacion ha adquirido su completo desenvolvimiento, el sagrado fuego del amor ; en cuya virtud estos dos seres, formados el uno para el otro, propenden á unirse con indisolubles lazos. Esta instintiva propension del corazon humano es resultado de una ley de la naturaleza , y se sobrepone á los cálculos

de una razon extraviada y á las sugestiones del vituperable egoismo. En vano han predicado algunos filósofos contra su conveniencia ; inútilmente han zaherido algunos poetas dramáticos y escritores satíricos ese estado ; su trabajo ha sido estéril , y su critica , aunque haya servido para producir hilaridad y entretenimiento , no ha impedido que la humanidad siga su marcha invariable hácia el cumplimiento de su destino. Hechos de acendrada virtud , actos de abnegacion , de lealtad , de puro y desinteresado amor , se encuentran en la historia de todas las sociedades , debidos á esa santa union. Por ella el hombre duplica sus fuerzas , multiplica su trabajo , y con laudable afan procura adquirir los necesarios medios de subsistencia para la persona que ha querido participar de su suerte. Por ella dulcifica su carácter , modera sus pasiones , pone freno á sus deseos , tiene á raya sus ímpetus , y da entrada en su corazon á los mas tiernos afectos. Por ella ordena su vida , mejora sus costumbres , moraliza sus acciones , desea con avidez allegar medios de for-

tuna que den estabilidad á su posicion , y se hace mas susceptible á las gratas emociones de la gloria. No hay razon alguna para establecer parangon entre el celibato y el matrimonio : el primero produce aislamiento , marchita el corazon , seca la fuente de los puros afectos , hace dócil al hombre á los consejos del egoismo ; el segundo crea nuevas relaciones , despierta los mas bellos sentimientos y conduce á los mas grandes sacrificios , á la mas laudable abnegacion. No por eso se entienda que pretendo manifestarme severo é injusto censor de todo el que vive célibe : en las antiguas como en las modernas sociedades , ha habido quienes por natural inclinacion , por razones atendibles de posicion ó fortuna , ó por otras causas no menos respetables , han preferido el celibato al matrimonio. El hombre puede ser digno y acreedor á nuestra consideracion en este como en los demas estados , cuando tiene legítimos motivos para eludir esa ley de la naturaleza ; cuando le retrae la consideracion de una escasa fortuna , de una salud enfermiza , ó cuando pesan sobre él

sagradas obligaciones, como la de velar por la subsistencia de padres ó hermanos y de atender á todas sus necesidades; pero de ningun modo cuando el capricho, la aversion al trabajo ó las inspiraciones del egoismo le apartan de obedecer ese mandato de la naturaleza.

No parecerá, pues, extraño que en todos los pueblos se haya considerado esa union sagrada, y que hayan procurado sancionarla con las bendiciones del cielo, haciendo al sacerdote intérprete de la voluntad de la Providencia. Así tambien el cristianismo ha santificado esa union haciéndola indisoluble y declarándola Sacramento y, á decir verdad, nunca ha podido concebirse ideal mas bello que el de esa sagrada institucion, considerada segun el espíritu del Evangelio. Un hombre y una mujer, iguales en derechos y consideraciones, unidos con el laudable fin de ayudarse mutuamente, consolarse y constituir familia; que se respetan y se aman como hermanos; que trabajan mancomunadamente y se hacen igualmente partícipes del fruto de su tra-

bajo ; que sufren las consecuencias de su buena ó mala suerte ; que toleran sus naturales impertinencias ; que conllevan con igual resignacion sus trabajos y sus dolores ; que disfrutan los mismos placeres , y que viven en cordial fraternidad hasta que la muerte los separa , teniendo siempre presente , mas que su felicidad , la de sus hijos. Nunca , como antes he manifestado , podrá la inteligencia humana concebir institucion mas acabada , y conforme al derecho natural y á los fueros de la justicia. Todo lo que se aparte el matrimonio de este bellísimo modelo , es una violacion del derecho natural y divino. El hombre que no proteja con noble caballerosidad á su débil compañera ; que no defienda su honra como la suya ; que no la ame con fraternal cariño ; que no la considere y respete ante la sociedad ; que no procure acatar su natural pudor y la pureza de sus sentimientos , falta á sus deberes. El que prevalido de su fuerza abuse de ella en daño de su mujer ; el que quiera por sistema sobreponer siempre su voluntad á la razon , y convierta su autoridad en odiosa tiranía ;

el que desmoralice á su compañera con la fatal enseñanza del mal ejemplo ; el que en vez de una hermana no vea en ella mas que una esclava, rompe implícitamente los vínculos del matrimonio, y falta con deslealtad á los graves é imprescindibles compromisos que contrajo en sus esponsales. La mujer que no se preste sumisa á los prudentes consejos de una razon ilustrada ; que no atienda debidamente á su recato, y procure conservar limpia y sin mancilla su honra ; que no procure por el decoro y buen nombre de su marido ; que no le ayude á sobrellevar la onerosa carga de la familia ; que prefiera fútiles placeres á los dulces y pacíficos que proporciona el hogar doméstico ; que anteponga el vano y estéril desahogo de la vanidad , ó el placer de la adulacion ó la lisonja á la tranquila satisfaccion que proporciona el cumplimiento del deber, falta asimismo á la fe jurada en el altar y huella los santos preceptos del cristianismo.

Leed con interes , hijos mios , estas breves líneas que he escrito acerca del matrimonio: en ellas

encontrareis sana y moral doctrina, de la que podreis hacer provechosa aplicacion á vosotros mismos, si algun dia llegais á contraer ese estado, tan trascendental para la felicidad humana.

PARTE TERCERA.

VICIOS INDIVIDUALES Y SOCIALES.

El hombre, como los demás seres vivos, tiene conciencia de su existencia. Esta conciencia se manifiesta en la vida humana a través de la reflexión y la acción. El hombre no es un ser pasivo, sino un ser activo que busca constantemente mejorar su condición de vida. Esta búsqueda se realiza a través de la cultura, la ciencia y el arte. El hombre es un ser social que necesita de los demás para vivir. La vida humana es una lucha constante por la supervivencia y la realización personal. El hombre debe enfrentarse a los problemas de la vida y buscar soluciones creativas. La vida humana es un viaje que comienza en la infancia y termina en la vejez. El hombre debe aprovechar cada momento de su vida y vivir con plenitud. La vida humana es un misterio que siempre ha fascinado a la humanidad. El hombre debe seguir explorando y descubriendo los secretos de la vida.

Del suicidio.

El suicidio es un atentado contra Dios: delito de lesa humanidad, fruto del escepticismo en filosofía y de la indiferencia religiosa, frenesí de la desdicha, y manifestacion de abatimiento moral producido por el dolor, grandes pesares ó contrariedades de la vida. Forzoso es decir que no puede concebirse este extravío de la razon humana sin una enfermedad material de los centros nerviosos, determinada por muchas y diversas causas, ó sin una perturbacion ó trastorno de las facultades psiquicas.

El hombre, como los demas seres vivientes, lleva consigo, por salvaguardia de su existen-

cia, el instinto de conservacion que nos hace huir de los escollos y peligros que amenazan nuestra vida; y apartarnos de todo lo que puede sernos nocivo y servir de obstáculo al cumplimiento de nuestras funciones y al destino final que nos ha señalado la Providencia. El nos da la voz de alerta cuando nos excedemos en la alimentacion, en toda clase de placeres que la sociedad nos proporciona, si pasan los límites establecidos por las leyes orgánicas; él nos grita cuando nos aproximamos á un precipicio, al que puede conducirnos la inseguridad de nuestros pasos; él nos avisa, y con la velocidad del rayo nos separa de la mano aleve que va á herirnos; él nos hace mirar con desvío y desagrado los restos orgánicos de los seres que ya carecen de vida, cuando están sufriendo la descomposicion cadavérica; él nos induce á buscar el alivio de nuestros males y á oir con sumision y reconocimiento los ilustrados consejos del que vela por nuestra salud; él conserva la esperanza en los desdichados enfermos postrados largos años en el lecho

del dolor, en consecuencia de padecimientos crónicos refractarios generalmente á todos los medios terapéuticos; él, por último, arranca suspiros y dolorosos ayes al anciano ya decrepito que tiene un pie en el borde del sepulcro, y que sucumbe de muerte senil, sintiendo que su vida, aunque ya pesada y enojosa, no sea mas duradera.

A este poderoso instinto obedecen todos los animales, sin que haya uno que se insubordine y proteste contra ese precioso don que el Creador les ha dispensado: la vida. El hombre solo es el que falta á esa ley, ahogando esa voz de la naturaleza, y abrogándose un derecho que no le pertenece. Y por desgracia, sensible es decirlo, este crimen va haciéndose cada vez mas frecuente en los pueblos civilizados, y creciendo en una proporcion que no puede menos de desconsolar al hombre pensador, que ve los inmensos beneficios de la civilizacion y cultura, tristemente contrarestados con males sin cuento y con horribles delitos que son el baldon de la humanidad.

Y ciertamente no debe sorprendernos que así

*

suceda, si se atiende á la falta de fé religiosa que caracteriza á la actual generacion. Nuestros padres y las generaciones que les han precedido tenían creencias mas arraigadas: por do quiera se encuentran monumentos históricos que acreditan su viva fé; las catedrales góticas de la edad media, las fundaciones piadosas, los asilos de beneficencia son una demostracion evidente de la verdad que hemos asentado. En nuestros dias la riqueza ya no tiene ese destino: se invierte en obras públicas de conocida utilidad, en canales de riego, en ferro-carriles, en líneas telegráficas, en fábricas, en todas las grandes aplicaciones del vapor; en aumentar las comodidades de nuestros domicilios, la belleza de nuestros paseos y el ornato de nuestras poblaciones; en una palabra, en mejorar nuestro bienestar. No seré yo quien censure este movimiento febril de nuestro siglo hácia los bienes materiales, esta inevitable tendencia de las ideas, propia del progreso humano y del curso natural de la civilizacion: me limito á consignar el hecho para manifestar que por una

*

forzosa consecuencia la presente generacion ha de desviarse de todo lo que es espiritual, dando esa marcada preferencia á todo lo material y mundano. Las sociedades son lógicas como los hombres, y no pueden menos de obedecer á una tendencia determinada de ideas y sentimientos. Así que, debilitada la fé religiosa en nuestro siglo, tiene una explicacion racional la frecuencia del suicidio. El hombre que cree que no tiene otro destino, en la tierra, que los goces materiales, los busca con avidez, y cuando no puede proporcionárselos, desprecia la vida y la considera como una enojosa carga. El creyente, el que siente arder en su alma la llama de la fé, ve en la vida una peregrinacion hácia la eternidad, una aspiracion hácia Dios, una época de prueba para merecer la recompensa que han de otorgarle su bondad y su infalible justicia. El que cree, sabe sufrir, resignarse y esperar: el que no tiene fé, fácilmente se ve conducido á la desesperacion. El uno no pierde de vista el cielo como último fin y eterna morada del justo: el otro no ve mas que

la tierra, con cuyo polvo han de confundirse sus restos despues de la muerte. Este diferente modo de considerar la vida ha de influir necesariamente en los quilates de su valor é importancia, y nos da fácil razon del torcido camino de ciertas inteligencias que propenden al suicidio.

Aparte de esta consideracion, que, en mi juicio, es la de mas interes para explicar dicho delito, hay otras que no dejan de ser atendibles: tales son la ambicion desmedida, el deseo insaciable de goces materiales, las atrevidas especulaciones, los negocios aventurados que producen violentas transiciones en posicion y riqueza, las contrariedades de un amor exagerado, cuando á ese sentimiento se rinde culto y hasta una especie de idolatría, los padecimientos físicos prolongados, que ocasionan acerbos dolores é inhabilitan casi todas las facultades del hombre para la vida social. Estas causas y otras que omito, amortiguan el instinto de conservacion, abaten el ánimo, turban la razon y conducen á ese estado de delirio que arrastra al suicidio.

Si hay algun correctivo eficaz para evitar esta fatal tendencia, es la fé religiosa, la creencia en nuestro último fin, en nuestro destino segun el Evangelio. Ella es el bálsamo que cura nuestras heridas; es el opio que calma nuestros dolores; la fuerza que nos ayuda á sobrellevar con resignacion nuestros males; la esperanza que nos anima cuando la desgracia abate nuestro espíritu: ella nos ofrece despues de la muerte una tierra de promision, un paraíso donde nuestras desdichas tendrán fin, y donde gozaremos de inefable ventura. Allí el entendimiento hallará la verdad absoluta, y el corazon alcanzará el bien que tanto anhela y que no encuentra en esta mansion terrestre.

Este es, hijos míos, mi humilde modo de pensar en la cuestion propuesta; esta mi opinion formulada brevemente, pero fundada en razones que no son fácilmente recusables.

Si algun dia os viéseis desgraciadamente agobiados por el mal, abatidos por el dolor, atormentados por grandes desdichas, respetad,

hijos míos, los designios de la Providencia; elevad los ojos al cielo; creed y esperad, y la fé será, no lo dudeis, el áncora de vuestra salvación.

El duelo á la luz de la filosofía y de la religion.

Achaque es de las modernas sociedades conservar algunas caducas costumbres propias de la edad media, y que han ido trasmitiéndose de un modo tradicional hasta la generacion presente. Una de ellas es el duelo, resto de los tiempos caballerescos; negacion del derecho y de la justicia, y verdadero anacronismo de los pueblos actuales. El duelo, poco comun en las sociedades bien gobernadas, que viven bajo la sombra de la paz y el amparo de la justicia, no deja de ser frecuente en los pueblos turbulentos, de vehementes pasiones, y en los que hay ambicio-

nes desmesuradas, ó contiendas políticas que toman indebidamente carácter personal. En nuestra patria hemos pasado por una de esas épocas borrascosas, en que, sometidos á un nuevo régimen de gobierno, y poco acostumbrados á las prácticas parlamentarias; las discusiones que reclamaban la intervencion de una razon severa y desapasionada, se han salido del buen camino, entrando en el inmundo lodazal de las recriminaciones y de las injurias. La prensa, por otra parte, que debia ser siempre el regulador de la opinion pública, el moderador de las pasiones populares y el consejero fiel é imparcial del gobierno, limitándose á discutir tranquila y sosegadamente las leyes y las reformas necesarias al bien de la nacion, ha abusado en muchas ocasiones de sus facultades; hollando los sagrados fueros de la justicia é invadiendo hasta el respetable recinto del hogar doméstico. De aquí han resultado, naturalmente, escenas desagradables debidas á provocaciones injuriosas, frases ofensivas y dieterios infamantes que han concluido por el duelo, ocasionando da-

ños irreparables, y trayendo en pos de sí dias de luto y lágrimas para algunas desgraciadas familias. Aunque nos encontramos ya en época mas bonancible, todavía, si bien rara vez, se repiten estos dolorosos hechos con mengua de la civilizacion.

Efectivamente: meditemos algunos instantes sobre este asunto, y nos convenceremos fácilmente de que es una brutal costumbre que ofende á la razon, que denigra la justicia, y que puede considerarse como padron de infamia en los pueblos civilizados.

El hombre no es dueño de su vida; no se pertenece á sí mismo; pertenece á Dios, á su familia y á la sociedad en que vive: por lo tanto, no puede disponer de lo que es un don de la Providencia y se le ha confiado en depósito. Profana, pues, el derecho cuando atenta contra su vida y la de sus semejantes, para defender su honra lastimada. Las cuestiones de honor no tienen mas terreno donde puedan ventilarse, que los tribunales de justicia, representacion del derecho

humano, y reflejo este del derecho eterno. Es un contrasentido injustificable tratar de dirimir estas contiendas por medio de un combate á muerte, confiando al azar el resultado que debiera ser fruto del severo fallo de la justicia. El mas sereno, mas diestro, de alma mas impasible, ó mas afortunado, vence, hiere ó mata á su enemigo; el delito de injuria ó calumnia queda impune, la ofensa sin vindicacion y el agresor triunfante. Esta es la lógica de tales hechos. ¡La justicia del azar! ¡Pretension absurda y quimérica la de querer lavar una mancha de sangre, confiando su razon y su derecho á una espada ó á una pistola, y convirtiendo en cuestion de fuerza ó suerte, la que solo la justicia debiera decidir en su fiel balanza!

Así que, únicamente una razon extraviada, desprovista de convicciones y de buena doctrina, que no puede sufrir el embate de impetuosas pasiones ó las hondas heridas que á veces reciben, especialmente los que se dedican á la vida pública, en su orgullo ó amor propio exagerado, pue-

de aceptar ese reto indigno de hombres ilustrados y fruto de falaces y torcidos juicios sobre las leyes del honor.

Y ¡qué tristes consecuencias las del duelo! ¡La herida ó muerte de uno de los combatientes, la pérdida tal vez de un padre querido, de un buen esposo ó de un probo y leal amigo! ¡La satisfaccion de ensañarse con su adversario por breves momentos, comprada con tan inmensos sacrificios, con tan graves riesgos, con tan tristes y lamentables efectos!

Y si del terreno de la razon nos elevamos al de la fé religiosa, ¿con cuánto mas legítimo motivo reprobaremos y condenaremos el duelo? Creyentes de una religion de paz y mansedumbre, cuya base es la caridad, el amor fraternal; discípulos de Jesucristo, que nos manda perdonar las injurias en aquellas solemnes palabras: «Haced bien á vuestros enemigos, amad á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y calumnian;» que en el Calvario eleva su agonizante voz implorando el perdon de los que le injurian

y maltratan, no podemos aceptar ni tolerar el duelo sin faltar á nuestros juramentos, sin hollar los santos preceptos del Evangelio.

El duelo, pues, está desautorizado por la razon y condenado por las leyes divinas y humanas; únicamente resta que la opinion se modifique, que se reforme en el buen sentido, que no se considere deshonorado, sino enaltecido, al que, firme en sus rectos principios y en sus buenas creencias, tiene valor bastante para no aceptar el duelo; y que se desprecie y envilezca al que, sin otro motivo que satisfacer su exagerado amor propio, se entrega á injustas agresiones.

Reformada la opinion de este modo, ella será el freno mas eficaz de tan lamentable extravío y el correctivo mas poderoso de tan fatal costumbre.

Meditad, hijos mios, estas breves líneas que me ha sugerido tan grave y delicado asunto; y si algun dia, en el trato comun de la vida, sois provocados á tan desagradables lances, tened el suficiente valor moral para no dar oidos á las su-

gestiones de vuestro amor propio ofendido : conducíos como hombres de razon y como cristianos; confiad á las leyes el desagravio de vuestro honor , ó apoyados en el voto de vuestra conciencia y en el aprecio público que merece á la sociedad todo hombre honrado , despreciad con laudable abnegacion las injurias de quien sin motivo os quiera mal , ó de quien envidie vuestra posicion ó fortuna.

Inmoralidad del juego.

No pretendo reprobar, llevado de una indebida austeridad de costumbres, esos juegos que en buena sociedad proporcionan al hombre horas de solaz y honesto entretenimiento. Mi ánimo es solo censurar el juego inmoral en que se comprometen altos intereses, se aventura la propiedad de una familia que constituye el principal elemento de su subsistencia, y se arriesga su porvenir. Quisiera, pues, que mi humilde voz fuera escuchada sin prevencion; y que llegase al corazón de esos hombres degradados, que, descono-

ciendo todos sus mas sagrados deberes, dedican, no las horas de ocio, sino el dia y la noche al desahogo de un vicio que es una verdadera plaga de las actuales sociedades, á la satisfaccion de una pasion bastarda, que no tiene mas objeto que el sórdido interes y la codicia de una riqueza mal adquirida. Dificil parece concebir que haya en el presente siglo, y en una civilizacion que está caracterizada por su amor al trabajo, por su constante afan en el desenvolvimiento de todas las facultades humanas y la produccion de todos los elementos de riqueza, quien considere el juego como ocupacion exclusiva; y consagre á tan estéril tarea los nobles atributos que le ha concedido la Providencia. Desconociendo el derecho que tiene la sociedad al concurso y unánime esfuerzo de todos los individuos que la constituyen; desoyendo la voz de la conciencia que grita constantemente al hombre que su ocupacion digna es el trabajo; ahogando los sentimientos de caridad que están en contradiccion con toda riqueza adquirida ilegítimamente, se entregan á las dulces

ilusiones que les prometen los juegos de azar ó de cálculo, y que en el mayor número de casos ó nunca logran ver realizadas. Y, triste es decirlo, á pesar de los incalculables males que este fatal vicio ocasiona así á las familias como á la sociedad, á pesar de los inmensos perjuicios que lleva en pos de sí y de los lamentables delitos á que conduce, no se despliega por las autoridades el celo y la actividad que son necesarios, para perseguir tan funesto entretenimiento y evitar sus desastrosas consecuencias. Sorprende ciertamente que en los grandes centros de poblacion haya multitud de casas abiertas para esos especuladores de mala ley, que pretenden adquirir en una noche un capital que debe ser fruto de muchos años de trabajo, de inteligencia y de prudentes economías. No obstante el buen deseo de los gobiernos en extirpar tan funesta plaga, no puede negarse que una vigilancia mas eficaz y medios represivos mas severos habian de contribuir á evitar un mal de tanta trascendencia.

Y ¿necesito yo acaso indicar aquí cuál es la deplorable situación del jugador y las consecuencias de su vicio, para hacerle odioso á toda persona de buen sentido? ¿No basta saber que el objeto que le conduce no es otro que una ilegítima y desmedida codicia, el deseo de enriquecerse sin el trabajo, que es el principal elemento de riqueza, y el medio lícito y decoroso de todo hombre que estima su dignidad? ¿Será preciso que yo describa su agitacion, sus sinsabores, sus sufrimientos, sus pesares cuando la suerte no le es propicia? ¿Que manifieste la nociva influencia que tiene en la salud, el violento estado moral del que por muchas horas está sufriendo las vivas emociones, producidas por las veleidosas é inesperadas transiciones de la suerte? ¿Que pinte la turbacion de la inteligencia, y el vértigo que se apodera de algunos que habiendo perdido ya cuantiosas y respetables sumas, con el deseo de reparar su quebranto, insisten con inconcebible porfía en repetir nuevas jugadas; aventurando todo su capital y hasta la propiedad de sus

hijos y esposa, privándoles de los indispensables medios de subsistencia? ¿Que trace, aunque á breves rasgos, el despilfarro, la malversacion en banquetes y orgías, del dinero que han ganado si la suerte les ha sido favorable? ¿Que diga, aunque de paso, el dolor, las lágrimas y hasta la desesperacion del que con inexplicable temeridad ha aventurado en una carta toda su fortuna y la de sus hijos, y tenido el sentimiento de perderla, cuando entregado á la reflexion y al remordimiento considere el irreparable daño que con su loca pasion ha producido? No : creo suficiente esta breve manifestacion para llevar, hijos mios, á vuestro ánimo la conviccion de que no hay vicio de mas funestos y trascendentales efectos.

Huid, hijos mios, de esas abominables casas donde desatentadamente se aventura en una noche el capital y porvenir de una familia; no querais la riqueza adquirida por tan mal camino, y comprada con la pobreza y las lágrimas de vuestros semejantes; buscadla por la senda decorosa del trabajo, por el noble ejercicio de vues-

tras facultades; y encontrareis recompensados vuestros afanes, sin esponeros á tener el grandísimo desconsuelo de hacer vuestra ruina y la de vuestros hijos.

Del lujo considerado bajo el punto de vista económico y moral.

No ha habido en ningun tiempo cuestion mas controvertida que la del lujo: anatematizado por unos, encomiado por otros, considerado ora como un bien, ora como un mal; puede decirse con razon que es objeto sobre el cual no hay una doctrina clara, positiva, fundamental, y que es problema oscuro y de dificil solucion. No obstante, sin pretender que mi opinion sea mas acertada que la de los demas, procuraré someter dicha cuestion al severo fallo de la razon; y ella nos conducirá á desenmarañar tan intrincado asunto, y á ver el lado favorable como el adverso, juzgando con imparcialidad y sin ningun género

de prevencion. Es indudable que existiendo en toda sociedad gerarquías y desigualdad de fortunas dependientes de su misma organizacion, y de la acumulacion de riqueza debida al trabajo y á la diferente capacidad intelectual, las necesidades han de ser diversas; poniéndose en armonía con ellas los medios destinados á satisfacerlas. En proporcion de la fortuna, de la posicion mas ó menos desahogada, de la representacion social, ha de estar todo cuanto las necesidades de la vida reclaman: domicilio, mesa, asistencia y porte exterior. Nada, pues, mas natural que esa escala establecida en la sociedad, y á que forzosamente conducen las diferentes condiciones de capital y de posicion mas ó menos elevada. Y si así no sucediese, los capitales quedarian depositados en unas cuantas familias; dejaria de circular el dinero, que es la sávia que sostiene la vida de las diferentes clases sociales; no se cultivarian las bellas artes, no se fomentaria la industria, no tendria estímulo el trabajo, y multitud de brazos se verian sin ocupacion y reducidos á la miseria

ó á la mendicidad. Es tambien evidente que, ademas de las necesidades naturales, la civilizacion crea otras facticias; pero tan generalizadas y arraigadas en el ánimo de la mayor parte de los individuos, que casi puede decirse que son tan imperiosas como las primeras: tal sucede con la necesidad de honestos entretenimientos, de bailes, espectáculos, conciertos y festines. Los filósofos ascéticos pueden, merced á su irrealizable optimismo, reprobar estas diversiones tan comunes en las modernas sociedades; pero por mas que se esfuerzen, no conseguirán apartar á la humanidad de ese camino. Es necesario convencerse de que el hombre no puede tener siempre su organismo en estado de tension; que su actividad no es incansable; que sus fuerzas no son inextinguibles; que de tiempo en tiempo necesita dar tregua al trabajo, vado á sus ocupaciones y reposo á sus brazos y á su inteligencia: por lo tanto, es disculpable el deseo de buscar solaz y apacible entretenimiento en las horas de ocio. Por otra parte, no puede á nadie ocultarse que

no hay pobre choza, ni suntuoso alcázar, adonde él no lleve mal su mortífero influjo, donde no se hagan sentir el dolor, la amargura, la afliccion y otros pesares, inseparables compañeros del hombre; así que el sufrimiento, inherente á nuestra débil naturaleza, excusa la necesidad de buscar honestos placeres que compensen las penas y curen las heridas que el corazon ha recibido. Comprendo, pues, que la satisfaccion de estas necesidades es legítima en todas las clases de la sociedad, con tal que no se aparten de los convenientes límites, en relacion con la desigualdad de fortunas.

Hasta aquí nada hay ciertamente reprehensible en la satisfaccion de estas necesidades, naturales unas, facticias otras, pero procedentes de las condiciones de la civilizacion.

El lujo es el uso de lo supérfluo llevado á la exageracion; es una pasion mundana que tiene por objeto satisfacer la vanidad, deslumbrando á los demas, y estableciendo competencia con las clases mas elevadas.

Es la insensata pretension de figurar, de brillar, de colocarse á una altura superior á los demas en las apariencias, y en todo cuanto hace relacion á las formas; es el caprichoso deseo de gastar en cosas innecesarias; es el olvido de las necesidades legítimas y presentes; es la imprevision para los tiempos venideros.

El que se entrega al lujo, no tiene en cuenta su fortuna; gasta sin cálculo ni medida; no pone en relacion con los ingresos sus dispendiosos gastos; goza hoy y se olvida de lo que ha de necesitar mañana; nada le importa la suerte de su familia, de su mujer y de sus hijos, cuyos intereses malversa y cuyo capital destruye; nada ve mas que la satisfaccion de sus caprichos y fútiles necesidades.

Y no se crea que este mal es solo inherente á la clase mas elevada y distinguida de la sociedad; no: está encarnado lo mismo en el rico que en el pobre, aunque con la limitacion que naturalmente lleva consigo la desigualdad de los medios de fortuna.

Este es el lujo censurable, reprehensible; terrible plaga de las sociedades, así antiguas como modernas; el que ocasiona la ruina de multitud de familias, y el que ha derrumbado poderosos imperios.

Esta fatal pasión es la que enerva el espíritu, debilita las fuerzas físicas, acostumbrando al hombre á una vida muelle; aparta del trabajo, separa de las ocupaciones útiles, inhabilita para ejercer la caridad, menoscabando la fortuna y acarreando la pobreza.

Amortiza el capital que, empleado en cosas útiles, se haría reproductivo, dando ocupacion al proletario y contribuyendo á aumentar la riqueza pública.

Distrae á la mujer de sus sagradas obligaciones, de los inocentes placeres del hogar doméstico; conduciéndola á una vida agitada, ávida siempre de placeres, y para cuya satisfaccion no vacila en sacrificar sus intereses, los de sus hijos y hasta su propia honra.

Este lujo es el que yo deploro, el que pros-

cribo y el que debeis mirar con odio , hijos mios , porque conduce á la ruina de las familias , á la decadencia de las naciones y á la mas horrible inmoralidad.

Estableced hábitos de orden y una prudente economía en vuestros gastos; limitad vuestras necesidades y deseos; ponedlos en armonía con vuestros medios de fortuna; acostumbraos á vivir con modestia, aunque sin estrechez; no abrigueis la temeraria pretension de rivalizar con clases mas elevadas que la vuestra; no huyais tampoco de hacer los gastos justificados por una legítima necesidad, y de este modo evitareis las funestas y desastrosas consecuencias del lujo.

Del egoísmo.

El amor propio, que es uno de los instintos necesarios para nuestra conservacion, conduce por su exageracion á algunos individuos á ofrecer culto á su personalidad, y hacer á esta objeto de una verdadera idolatría. En efecto: en el trato comun de la sociedad no es infrecuente encontrar hombres que no saben hablar mas que de sí mismos; nada ven en derredor de sí que merezca su atencion; sus necesidades, sus trabajos, sus méritos, sus virtudes son el eterno y nunca olvidado asunto de su conversacion. En el seno de la familia, en el de la amistad, en el trato con personas extrañas, do quiera que tienen necesidad de pensar y de hablar, su personalidad se destaca

siempre como la principal figura, como el primer término del cuadro. Nada importa que se trate de una cuestion científica, filosófica ó social, especulativa ó práctica de intereses generales; la pasion culminante no dejará de traslucirse y se abrirá camino para proporcionarse expansion y desahogo, introduciéndose hábilmente lo personal en medio de las consideraciones generales que el asunto reclama. Es, pues, debilidad que se descubre fácilmente, y que no se oculta, á pesar de lo enojosa é impertinente que es para los demas. Este reprehensible egoismo se manifiesta tambien bajo otra fase mas importante, y que por sus consecuencias merece mas severa censura de la razon: me refiero á la excesiva sensibilidad con que algunos disfrazan su egoismo, para alejarse de todo lo que pueda disgustarles y producir en ellos el mas leve sufrimiento. Estos que tanto blasonan de sensibles, que suponen tener una organizacion que no puede conmoverse ni sufrir impresiones desagradables, se apartan de sus deudos y de sus amigos cuando se hallan

agobiados por el dolor, ó por un padecimiento grave que pone en compromiso su vida; temen acompañar en sus últimos momentos y recibir el postrer suspiro del moribundo, aunque tenga los mas legítimos títulos para su cariño; no visitan los hospitales ni otros establecimientos de beneficencia, porque los cuadros aflictivos que ofrecen á su vista llenan su alma de desconsuelo y amargura; huyen del pobre cubierto de harapos porque no pueden sufrir su repugnante aspecto; en una palabra, la exquisita sensibilidad que dicen haber recibido de la naturaleza, es su tema favorito para separarse de todo lo que hace padecer. Este temple de alma que algunos consideran como don de ciertos seres privilegiados, zahiriendo á los que tienen valor moral suficiente para compartir las penas y dolores de sus semejantes, no es mas que la debilidad del egoismo; no es otra cosa que un velo, aunque trasparente, con que quiere ocultarse el que no ve mas que á sí mismo en todas las cuestiones de la vida. El que ama, el que quiere, tiene abnegacion para sufrir, para

padecer, para llorar, para conmover los mas íntimos resortes de su corazon cuando la necesidad lo exige; cuando los sufrimientos de los demas excitan simpáticamente sus mas tiernos afectos. Extraviados por ese lamentable error, é inducidos por tan odiosa pusilanimidad, se ven padres que se apartan del lecho de sus hijos cuando se hallan enfermos y necesitan mas de sus cariñosos cuidados; maridos desnaturalizados, que se retraen de ver á sus esposas cuando se hallan bajo la presion de horribles dolores ó de acerbos sufrimientos; amigos que rehusan acercarse á los que antes prodigaban su cariño, cuando se hallan en situacion aflictiva; hombres sin corazon que ven en la calle, en un camino, en cualquier sitio público caer un desgraciado por un imprevisto accidente, y no se aproximan á tenderle una mano compasiva. Este modo de conducirse no merece el nombre de sensibilidad: es cohonestar una passion innoble que procura disfrazarse para no hacerse tan odiosa; á la luz de la razon es una reprehensible debilidad moral, un execrable egoismo.

Torpemente se engañan los que creen que no han nacido para sufrir; que deben buscar solo el placer y huir del dolor; no: en las condiciones de nuestra naturaleza, de nuestro espíritu, es pretension absurda querer alejar todo lo que pueda afectarnos desagradablemente. Seria preciso que fuesen otras las leyes del universo, que variase completamente la constitucion de nuestro ser, para que el mal y el dolor desapareciesen de la haz de la tierra. El mal y el dolor, como el bien y el placer, se hallan en todas partes, en todas las situaciones de la vida, en todas las posiciones y fortunas; y es quimérica aspiracion la de encontrarse el hombre constantemente en una dulce calma, en una apacible tranquilidad, sin encontrar motivo de enojo, de pena ó desagrado. El mal y el bien, así como el placer y el dolor, viven en inseparable amistad, en estrecho consorcio, y no se separan sino fugazmente. Y ¿cómo habiamos de apreciar debidamente los quilates del placer, si alguna vez no sintiéramos el dolor? ¿Cómo habiamos de estimar la salud, el bienes-

tar, todo lo que consideramos como bienes; si en algun caso no tocásemos el sensible riesgo de perderlos? No hay, pues, que hacerse ilusiones: por mas que huyamos del dolor y del sufrimiento, él nos seguirá como la sombra al cuerpo; y en último resultado tendremos que familiarizarnos con él, dando pruebas notorias, por otra parte, si nos apartamos de los males de nuestros semejantes, de que no se hallan arraigados en nuestra alma los sentimientos humanitarios, y particularmente el mas digno y fecundo en virtudes, la caridad.

Aprovechad, hijos mios, estas reflexiones: no olvideis su fin moral; detestad el vil egoismo; compadecead los males de vuestros semejantes, apresuraos á aliviarlos hasta donde os sea posible; y no vacileis en participar de ellos cuando lo exijan vuestros deberes y los sentimientos de fraternidad.

De la sensualidad.

El hombre, como la humanidad, tiene sus períodos de vértigo, de aturdimiento, de locura, en que corre desalado en pos de los placeres, y se entrega sin freno á todo género de liviandades. Los festines, las inmundas bacanales, las orgías han sido goces buscados con avidez por los pueblos que han llegado á conocer la abundancia y la opulencia. Porque preciso es confesar que la acción del oro tiene algo de voluptuosa, y el que le posee, suele ser dado á la sensualidad. El rico, que no tiene necesidad del trabajo para su subsistencia, que no gasta su fuerza física ni la actividad de su inteligencia en ocupaciones útiles, propende á la vida muelle y sibarítica; busca

todo género de comodidades, y se afana y agita por encontrar nuevos placeres. Así se concibe la fabulosa gula de los romanos en tiempo del imperio y el lujo de sus banquetes; así se explican las libres costumbres de sus matronas. En el presente siglo, forzoso es decir que nos hemos apartado mucho de las severas y ascéticas costumbres de nuestros antepasados: ni su frugal mesa, ni su modesto porte, ni su humilde domicilio, están en relacion con las exigencias de la actual generacion. El aumento considerable de la riqueza, debido al desarrollo de la industria, al progreso de las artes y á la actividad del comercio, ha creado grandes necesidades, y para satisfacerlas se busca con porfiado afan el oro, rindiéndole un culto idólatra. Y nótese que su posesion se desea, no como fin, sino como medio de proporcionarse toda clase de goces materiales; como si estos fueran el principal elemento de la felicidad humana, como si constituyesen el último fin del hombre! ¡Deplorable obcecacion! Estos goces que se buscan con tanto empeño, dejan en pos de sí

el hastío, el tedio, la enervacion y las enfermedades. Porque necesario es convencerse de que la organizacion es de suyo frágil y deleznable; que está en continua lucha con todos los agentes que tienden á desequilibrarla y destruirla; que en esa accion constantemente sufrida y en esa resistencia provocada consume sus fuerzas, se deteriora, y de esa manera camina el hombre hasta que llega al ocaso de la vida. El ejercicio muscular, las fuertes sensaciones, los vehementes afectos, las elucubraciones del espíritu obran de consuno, gastando inervacion que dificilmente se repara; y cuanto mas se repiten estas pérdidas, mayor es el quebranto y deterioro de la vida. Equivocados andan ciertamente los que, gozando sensualmente, creen ensanchar la esfera de la vida: lo que hacen es amenguarla, reducir sus límites y tornarla delicada y enfermiza.

¡Qué notable contraste forman con los goces materiales los placeres morales! ¡Qué pura satisfaccion producen en el ánimo! ¡Qué tranquilidad, qué sosiego, qué dulce calma dejan en el que

llega á experimentarlos! ¿Hay, por ventura, nada comparable con la satisfaccion que ocasiona el cumplimiento del deber? ¿Hay emocion que iguale á la que se siente cuando luchamos contra la injusticia, cuando protegemos la debilidad, cuando defendemos al que es víctima de la calumnia, cuando consolamos al que ha sufrido los duros golpes de la adversidad, cuando socorremos al que vive sumido en la pobreza, cuando ayudamos y tendemos la mano al que se ve agobiado de un grave mal? ¿Hay sensaciones mas dulces que las que proporciona el ejercicio de la inteligencia, ora nos ocupemos en resolver una cuestion de cálculo, ora en indagar una verdad filosófica, ora en grata é instructiva lectura, ora en dar forma á una idea, en desenvolver un pensamiento ó en escribir cualquier trabajo literario?

No, en verdad: estos puros goces del espíritu no llevan consigo ninguna mezcla de dolor, de pesar, ni de remordimiento; no hay nada que los acibare, nada que debilite la satisfaccion que producen. Ellos son los que despiertan en nuestra

alma la idea, aunque humilde como todo lo que pertenece á esta mansion terrestre, del inefable tesoro de goces reservados despues de la muerte al que ha procurado vivir, siendo fiel á sus deberes y haciendo bien á sus hermanos. Pues si es cierto que cuando nos abstraemos y en el silencio de nuestro hogar nos ocupamos en útiles tareas, en fecundos y sublimes pensamientos, en dignos y loables proyectos, nos sentimos conmovidos por una inexplicable y grata sensacion; ¿cuánto mayor será esta cuando libres de los vínculos materiales que nos unen al cuerpo, y de las bastardas pasiones que habitualmente nos asaltan, contemplemos iluminados por una luz vivísima y resplandeciente la verdad absoluta y el sumo bien, constantes aspiraciones de nuestra alma durante esta vida?

No lo dudeis, hijos míos: apreciad; mas que los placeres sensuales, los puros goces del espíritu; los que proporciona el cumplimiento de nuestros deberes morales, el útil ejercicio de la inteligencia y la práctica de la virtud.

De la embriaguez.

Entre los vicios que mas degradan al hombre y amenguan su dignidad, se halla la embriaguez, el lamentable abuso de bebidas alcohólicas hasta el punto de perder la razon, la libertad moral y aun la conciencia de sí mismo. No es fácil concebir cómo en pueblos civilizados y que se distinguen por su ilustracion, pueda albergarse tan funesto mal, sin que hayan logrado extirparle ni los prudentes consejos de los hombres de ciencia, ni el celo paternal de los gobiernos, ni la eficaz intervencion de las sociedades de templanza. Y es un hecho singular y digno de notarse que, no solo se

halla arraigado entre la clase proletaria, y, por lo tanto, menos ilustrada; sino tambien entre las que por su posicion, categoría, dignidad y fortuna parece que debian hallarse distantes de tan sensible degradacion.

No es necesario que yo pinte con negros colores la triste situacion del que se entrega á tan detestable vicio: bastará decir que el que se embriaga, abdica su razon y todos los derechos que posee como ser moral y social; que una vez hollado ese camino de perdicion, difícilmente se retrocede, pues muy pronto el hábito, que tiraniza todas nuestras acciones, impele casi de un modo irresistible á repetir tan odioso placer; que la nociva influencia de las bebidas alcohólicas deteriora la salud, debilita las fuerzas, produce debilidad muscular, padecimientos crónicos del sistema nervioso y del aparato digestivo, postracion moral, ineptitud para el trabajo intelectual, y á veces hasta la imbecilidad y la demencia. Y no se crea que este cuadro es exagerado, que el deseo de censurar severamente este goce brutal me

haya conducido á abultar sus consecuencias y recargar las desagradables tintas con que aparece comunmente pintado dicho vicio; no: es, en verdad, la expresion fiel de los hechos y el resultado de la observacion. Todas las excitaciones del organismo, cuando exceden los límites fisiológicos, se convierten en causas de enfermedad y de muerte: la producida por los alcohólicos determina una grande exaltacion de las funciones cerebrales, seguida bien pronto de un profundo colapso; alteraciones funcionales, que repetidas frecuentemente han de desequilibrar el organismo, modificar sus condiciones, alterar la composicion de los líquidos orgánicos, y gastar la inervacion que tan necesaria es como elemento de vida.

Si de este punto de vista científico nos trasladamos al moral, no nos faltarán por cierto legítimas y muy poderosas razones para condenar, proscribir y anatematizar tan detestable pasion. El hombre que adquiere el vicio de la embriaguez pierde el hábito del trabajo, se abandona á